

dernos Sid Abd Alá... pero Sid-Abd-Alá estaba hecho todo él ojos y oídos, para contemplar y escuchar al embajador.

Hubo un momento en que el señor Morteo llegó á asustarnos, diciéndonos en voz baja que el gigante azul podía comprender alguna palabra del italiano, siendo de Túnez como parecía; mas observándole atentamente á cada nuevo chiste y viéndole inmutado é impasible como una estatua, depusimos nuestros temores y continuamos bromeando sin acordarnos de él. Las ocurrencias, las comparaciones, los chistes que nos sugirieron aquellos guisotes y aquellas salsas, no son para dichos.

Terminado el almuerzo dirigímonos todos al patio, en el cual el ministro presentó al embajador uno de los más elevados oficiales del ejército. Era el jefe superior, como si dijéramos el director general del arma de artillería, un viejecillo seco, avellanado, encorvado como una C, con una tremenda nariz aguileña y dos ojillos diabólicos; en suma, un ave de rapiña cargado, más bien que cubierto, con un desmesurado turbante amarillo de forma semi-esférica, y vestido casi á lo zuavo, todo de azul, con una enorme capa blanca sobre la espalda. Llevaba una larga gumía, y en el cinto un magnífico puñal con mango de plata. El embajador le hizo preguntar á qué grado de la jerarquía militar europea correspondía el que tenía él en el ejército marroquí. Al parecer aquella pregunta le puso en la mayor confusión, pues estuvo meditando largo rato, al cabo del cual dijo balbuceando:

—Al de general.

Luego volvió á meditar y añadió:

—No, coronel, coronel.

Y quedó un poco confundido.

Dijo también que era natural de Argel, y llegué á presu-

mir que fuese un renegado. ¡Quién sabe por qué serie de extraños eventos se halla al presente coronel en Marruecos!

Entretanto los demás oficiales estaban almorzando en una habitación baja que abría al patio, sentados en círculo en el suelo, con platos en el centro. Viéndoles comer, comprendí



Los oficiales del ministro de la Guerra almorzando

perfectamente que los moros puedan prescindir en absoluto del cuchillo y del tenedor. En efecto, es imposible dar una idea de la gracia, la destreza y la precisión con que hacen pedazos los pollos, el carnero asado, las aves, el pescado y todos los manjares. Con escasos y rapidísimos movimientos, ejecutados con ambas manos, sin descomponerse lo más mínimo, cada cual tomaba exactamente la porción que quería. Habríase dicho que estaban provistos de uñas cortantes

como navajas de afeitar. Introducían los dedos en la salsa, hacían bolas de alcuzeuz, comían á pellizcos la ensalada, y ni una gota de aquélla caía nunca fuera del plato; tanto que cuando se levantaron, terminada la comida, pudimos observar que sus trajes estaban limpios de toda mancha como antes de comer. De cuando en cuando un criado daba una vuelta al círculo, llevando en la mano una jofaina con agua y una toalla en el brazo: lavábanse, y después, todos al par, introducían en otro plato los cinco mandamientos. Ninguno hablaba, ninguno levantaba los ojos, ninguno daba indicio de advertir que les estábamos contemplando.

¿Qué clase de oficiales serían? ¿Jefes de Estado Mayor? ¿Ayudantes de campo? ¿Jefes de división en el ministerio de la Guerra? ¿Quién es capaz de averiguar en Marruecos cosa alguna, particularmente si tiene que ver con el ejército, que es el más misterioso de los misterios? Se dice, por ejemplo, que en caso de una guerra santa y proclamada la ley Djehad, en virtud de la cual están obligados á empuñar las armas todos los hombres útiles, el emperador puede contar con un ejército de doscientos mil soldados; pero si ni aproximadamente se conoce la población del Imperio, ¿en qué base se apoya dicha cifra? Y en cuanto al ejército permanente, ¿de qué fuerzas se compone? ¿Y cómo averiguar algo concreto y positivo, no sólo respecto del número, sino también de la organización, si, excepción hecha de los jefes principales, nadie sabe cosa alguna, ó si la sabe no quiere manifestarla, ó si la manifiesta no dice la verdad, ó no logra hacerse comprender?

Sid-Abd-Alá, nuestro huésped, llevando hasta el extremo la cortesía, quiso guardar escritos nuestros nombres en su cartera, y se despidió de nosotros estrechando nuestras manos sobre su corazón.

Estábamos ya junto á la puerta cuando se llegó á nosotros el gigante azul. Detuvímonos; mirónos sonriendo burlescamente, y luego nos dijo en voz baja, en el más perfecto italiano, bien que con pronunciación árabe:

— ¡Señores, ustedes lo pasen bien!

Viniéronsenos á la memoria, como se puede comprender, las bromas que nos habíamos permitido durante la comida, y quedamos petrificados.

— ¡Ah, perro! — exclamó Ussi.

Pero el perro ya había desaparecido.

\* \* \*

El paseo más insignificante reviste las formas de una verdadera expedición: es indispensable avisar al cadí, reunir una escolta, buscar un intérprete, disponer las cabalgaduras, y antes que las cosas estén dispuestas, transcurre lo menos una hora. En consecuencia nos pasamos en casa los más de los días. Sin embargo, el espectáculo de la vida doméstica nos compensa superabundantemente de la forzada permanencia en ella. Sin dar un paso podemos contemplar no pocos á cual más agradables y variados, pues aquello es una procesión interminable de soldados vestidos de rojo, criados negros, mensajeros de la corte, comerciantes de la ciudad, moros enfermos que vienen en busca del médico, rabinos que vienen á solicitar la influencia del embajador, hebreas que traen ramos de flores, correos que traen cartas de Tánger, faquines portadores de la *mona*. En el patio trabajan mosaicistas por cuenta de Visconti Venosta; en la azotea alarifes; en la cocina pulula un enjambre de cocineros; en el jardín puede verse á los mercaderes poniendo de manifiesto

sus estofas y al señor Vincent sus uniformes; el médico se mece en su columpio suspendido entre dos árboles; los pintores dibujan y pintan delante de la puerta de su gabinete; los criados y la gente de guerra saltan y gritan en los callejones vecinos; las fuentes manan, produciendo un rumor semejante al de una copiosa lluvia, y escondidos entre las ramas de naranjos y limoneros, trinan y gorjean pájaros á centenares. El día se pasa entre el juego de pelota y la historia de Kaldun: la velada entre el ajedrez y el canto, dirigido por el comandante, primer tenor en la imperial ciudad de Fez; en cuanto la noche, la pasaría mucho mejor, si no cruzaran continuamente delante de mí, como fantasmas, los criados negros de Ducali, que duerme en un aposento cercano á mi habitación. En la mía duerme también el médico, y para el servicio de ambos tenemos un pobre diablo de criado árabe, que nos hace morir de risa con sus salidas de tono. Según nos ha dicho, pertenece á una familia, si no rica, bastante acomodada, añadiendo que se agregó á la caravana en Tánger con el objeto de hacer un *viaje de placer*. Apenas llegado á Fez, mitad de su viaje de placer, no sé por qué falta insignificante fué apaleado. De entonces acá, fué puesto á nuestro servicio, que desempeña con extremado celo. No comprende ni una palabra, ni siquiera un solo gesto; siempre está como azorado: le pedimos el ajedrez y nos trae la escupidera: ayer el médico le dijo que fuera á buscarle pan, y con el objeto de servirle más pronto, le trajo un mendrugo medio roído que se encontró en mitad del jardín. Por nuestra parte procuramos tranquilizarlo; mas con todo esto le inspiramos un miedo cerval y procura complacernos prestándonos toda suerte de servicios por demás extraños, sin que los solicitemos, entre ellos el de cambiar dos y tres veces el agua de nuestras

palanganas aun antes de que hayamos dejado el lecho. Además de esto, todas las mañanas, con la taza de café en la mano, aguarda puesto de pie en medio de la habitación, á que despertemos el médico y yo, y en cuanto damos señal de vida, se precipita á nuestro lado y nos encaja la taza con solicitud semejante á la del que se empeñara en hacer tragar un contraveneno á una persona querida.

Otro personaje digno de consideración es la lavandera, una mujer que trae de continuo cubierto el rostro; viste túnica verde y calcetines rojos, y viene á recoger la ropa, destinada á ser torturada por los moros. Juzgo inútil observar que aquí no se plancha cosa alguna. En Fez no existe una sola plancha y nos vemos precisados á ponernos la ropa tal cual sale de las manos de las lavanderas.

—Acaso, — se nos dijo, — podría encontrarse alguna plancha en el barrio de los judíos.

De todo hay; pero lo difícil es encontrarlo. Trátase, por ejemplo, de un coche; pero da la casualidad de que pertenece al emperador. Es un piano lo que se desea: ¿piano? De uno se tiene noticia que hace ya muchos años vióse entrar por las puertas de Fez; mas nadie sabe dar razón de quién sea su dueño. Enviar á la tienda por cualquier cosa es motivo de diversión. Se necesita, por ejemplo, una vela. —No las hay, — contestan; — pero las harán inmediatamente. —¿Un metro de cinta? Mañana al anoecer estará hecho. —¿Cigarros? Tenemos tabaco y dentro de una hora estarán. —Hace unos días que el vicecónsul anda tras de un antiguo libro árabe, y á cuantos moros pregunta, no hacen más que mirarse unos á otros diciéndose: —¿Un libro? ¿Tú sabes quién tiene libros en Fez? Si no recuerdo mal hace mucho tiempo ví uno en poder de fulano ó mengano; pero murió y no se

sabe quiénes fueron sus herederos.—¿Y periódicos árabes de otros países, los hay?—Sólo un diario árabe, impreso en Argel, llega regularmente á Fez; pero va dirigido al Emperador.— En resumen: sé positivamente que me hallo á menos de doscientas millas de Gibraltar, donde precisamente esta noche se representará la *Lucía de Lammermoor*, y que dentro de ocho días, si quisiese, podría pasear bajo las galerías de Lanzi, en Florencia, y sin embargo, experimento la impresión de hallarme á una distancia inmensa: no son las millas, son las cosas y las personas lo que más nos aleja de nuestro país. ¡Con qué satisfacción rasgamos la faja que cierra la *Gaceta Oficial*, y reponemos la nema de nuestras cartas! ¡Pobres cartas que escaparon á las manos de los carlistas, pasaron por entre los bandidos de Sierra Morena, traspasaron las gargantas de la montaña Bermeja, vadearon, conducidas por un pobre beduino, las aguas del Kus, del Sebú, del Meches y del río de la Fuente Azul, y nos trajeron una palabra amorosa en medio de los improperios y las maldiciones!

\* \* \*

Pasamos no pocas horas contemplando los trabajos de los pintores. Ussi ha hecho un acabado bosquejo de la recepción oficial, en el cual campea, perfectamente caracterizada, la figura del Sultán. Biseo, que domina como pocos la reproducción de la arquitectura oriental por medio del color, está copiando la fachada de la casita del jardín. Para pasar un rato divertido, no hay como oír á los soldados y negociantes de Fez, que vienen á ver dicho cuadro. Colócanse de puntillas á espaldas del pintor, miran, poniéndose ante los ojos las manos cerradas, después de lo cual generalmente se echan

á reír como si hubiesen descubierto la mayor extrañeza. Dicha extrañeza consistía en que, en el cuadro, el segundo arco de la fachada es más pequeño que el primero y el tercero que el segundo, y como carecen por completo de la más rudimentaria noción de perspectiva, imaginan aquella desigualdad falta de conocimiento en el pintor, y dicen que las paredes están inclinadas, que la casa se bambolea, que las puertas no están en el sitio correspondiente, con otras impertinencias por el estilo, y se van haciendo burla del artista. Respecto de Ussi, merece mayor consideración desde que se ha hecho público que ha estado en el Cairo, y que, por encargo del virrey, ha pintado la partida de la gran caravana á la Meca, por la cual le dió quince mil escudos. Manifiestan, sin embargo, que el virrey dió pruebas de insigne majadería dando tan crecida cantidad por un cuadro, en el cual, echando por lo largo, no gastaría el artista arriba de cien pesetas en colores. Un comerciante preguntó á Morteo si Ussi pintaba también trastos caseros.

Pero lo mejor se reserva para Biseo, que todas las mañanas va á nueva Fez con objeto de copiar una mezquita. Como se comprende, va acompañado por cuatro ó cinco soldados armados de sendas varas. Antes que haya logrado acomodar el caballete, vese rodeado de más de trescientas personas, de manera que los soldados se ven en la precisión de gritar y bracear como condenados para tener la gente á raya, á fin de que no impidan al artista la vista del edificio. Pero al cabo de breve espacio, ya no bastan ni los gritos ni los empujones, y entonces no queda más recurso que el empleo de argumentos más convincentes. Cada pincelada cuesta un varazo; pero se dejan apalear y vuelven á las andadas. Á veces se le aproxima un santón que lleva no muy piadosas intencio-

nes, y no les queda á los soldados más remedio que distraerlo y apartarlo. Á veces es algún moro amante del progreso el que se le aproxima amistosamente, y se inclina, y mira, y compara, separándose al cabo con ademanes que pueden traducirse por deseos de alentarle en su empresa.

Con todo, la mayor parte de semejantes progresistas más admira la ingeniosa estructura del caballete y del trípode en que se sienta el pintor, que el cuadro que va pintando. Cierta día, un moro de aspecto siniestro, amenazóle con el puño, y volviéndose después hacia sus conciudadanos, pronunció un largo discurso con entonación y ademanes de poseído. Un intérprete que se encontraba allí, dijo que incitaba al pueblo contra el pintor, diciendo que *aquel perro* había sido enviado por el rey de su país á copiar las más hermosas mezquitas de Fez, á fin de que el ejército cristiano, que debía más tarde asaltar la ciudad, pudiera reconocerlas y dirigir contra ellas las bombas. Anteayer, hallábame yo presente, acercóse sonriendo un moro ya viejo, muy andrajoso y de aspecto bonachón, que, al parecer, tenía grandes cosas que comunicarnos, y cuando iba á hablar, exclamó con voz conmovida:

— ¡Francia! ¡Londres! ¡Madrid! ¡Roma!

Quedámonos sorprendidos hasta el punto que es fácil comprender. Le preguntamos si sabía hablar francés, italiano ó español; contestónos con un signo afirmativo.

— Hablad, pues, — dije.

Rascóse la frente, suspiró, pateó el suelo y después volvió á decir:

— ¡Francia! ¡Londres! ¡Roma! ¡Madrid! — é indicaba el horizonte.

Quería decir que había visitado aquellos países, y acaso

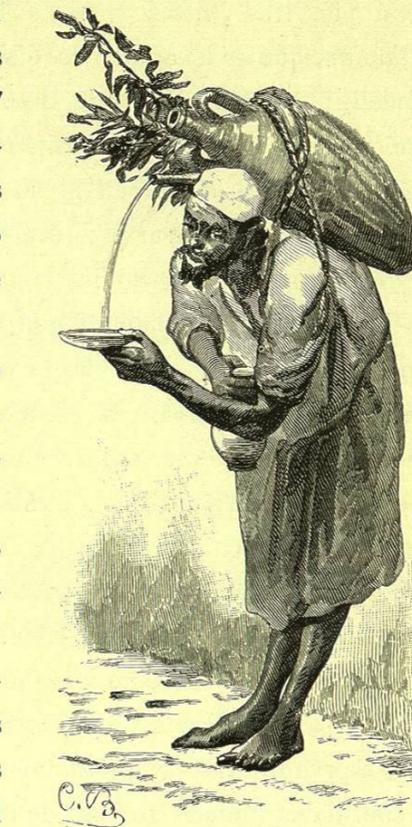
también que hubo un tiempo en que lograba darse á entender hablando nuestro idioma, pero que todo lo había olvidado. Dirigíle nuevas preguntas, pero no pude recabar de él otra cosa más que los referidos nombres:— ¡Madrid! ¡Roma! ¡Francia! ¡Londres!— Mientras nos distinguí saludónos afectuosamente, expresando con su ademán la pena que sentía por no poder hablar.

— De todo se halla entre esas gentes, — decía Biseo con tono desabrido: — hasta originales que nos quieren bien, pero ni siquiera uno de esos perros que consienta en dejarse copiar.

En efecto, hasta el presente han sido vanos cuantos esfuerzos han practicado los pintores para conseguirlo. El mismo Selam, nuestro fiel compañero se negó.

— ¿Temes que te lleve el diablo? — preguntó Ussi.

— No, — contestó con solemne acento: — temo ofender á Dios.



Aguador

\*\*\*

Sirviéndonos de guía el capitán Bocard, joven apreciable, igualmente admirable por su destreza, por su fuerza de

voluntad y por su talento nada vulgar, el comandante, Ussi y yo, hemos llevado á cabo una ascensión al monte Zalag, á la cual nos han acompañado un oficial de la escolta, tres soldados de á pie, tres jinetes y tres criados. Llegados al pie de la montaña, que se levanta á la distancia de hora y media de la ciudad, por el lado Nordeste, detuvimos con objeto de almorzar, después de lo cual el capitán colocó una manzana encima de un bastón clavado en el suelo, y un escudo encima de aquella, é hizo disparar por turno á soldados y criados con su revólver que para el caso les confió. El premio era para ellos de importancia, de manera que en dar al blanco ponían sus cinco sentidos; mas como era la vez primera que manejaban el arma, ninguno acertó, y el escudo fué entregado al oficial para que lo repartiera entre todos. Era cosa de risa ver qué ademanes tomaban para ajustar la puntería. Uno inclinaba la cabeza hacia atrás; otro se encorbaba completamente hacia adelante; éste apretaba la barba contra el gatillo, aquél se ponía en guardia como un tirador de sable. Acostumbrados todos á los ademanes extremados, no lograban adaptarse á los más mesurados y parsimoniosos que les indicaba el capitán. Un soldado vino á preguntarnos si queríamos dar gajes á una labradora, á la cual había tomado un vaso de leche para nosotros. Contestósele afirmativamente; pero con tal que viniese á buscar la propina la misma interesada. Vino, en efecto: era una mujer de treinta años próximamente, negra, sucia y andrajosa, que habría inspirado repugnancia á la mismísima lujuria. Acercóse lentamente, cubriéndose el rostro con la mano, y en cuanto se halló á cinco pasos de nosotros volviónos la espalda y nos alargó la otra. Lo que se encolerizó el comandante á la vista de este proceder, no es para dicho:

—No tema usted, mujer, no tema usted, que no me harán

perder los estribos sus encantos. Por vida del otro que no he visto en mis días tan extremado pudor.

Pusímosle en la mano una moneda, tomó el vaso vacío, emprendió corriendo el camino de su cabaña, y llegada junto al umbral, estrelló contra una piedra el vaso profanado. Empezamos la subida á pie, acompañados por una parte de la escolta. El monte se eleva hasta muy cerca de mil metros sobre el nivel del mar, siendo su pendiente abrupta, desprovista de senderos y abundante en rocas movedizas. El capitán en pocos minutos desapareció entre las rocas; mas por lo que respecta á los demás, el comandante, Ussi y yo, se entiende, fué aquello un trabajo comparable tan sólo á los doce de Hércules. Cada uno de nosotros llevaba al lado un árabe que nos auxiliaba, indicándonos al propio tiempo dónde debíamos colocar los pies, lo cual no fué obstáculo para que besáramos varias veces el santo suelo, recordando con verdadero terror las dos primeras estrofas del *Natale* de Alejandro Manzoni. Momentos hubo en que no nos quedó más recurso que andar materialmente á gatas, agarrándonos á las hierbas y á los matorrales, arrastrándonos sobre las rocas, suspendiéndonos y asiéndonos de los brazos de nuestros guías, como se agarra el naufrago á la tabla de salvación. De cuando en cuando distinguíamos alguna cabra, tan agria era la subida, que parecía suspendida sobre nuestras cabezas: los peñascos, empujados levamente al pasar, caían rodando hasta el pie del monte. Con la ayuda de Dios, después de una hora de subida, alcanzamos la cumbre rendidos de cansancio y exhaustos de fuerzas; pero sanos y salvos.

¡Qué hermosa vista! ¡Qué delicioso panorama! Allá en el fondo la ciudad, una pequeña mancha blanca en forma de ocho, rodeada de murallas negruzcas, cementerios, jardines, *casbas* y torres, y por la frondosísima cuenca dentro de la cual se halla